

para postular a la maestría en Ciencias Sociales en FLACSO, México, y al mismo tiempo me dijo que no utilizara los estudios de posgrado, como muchos lo hacían, para situarse del lado de los dominadores sino de las luchas de los dominados.

Cuando estudiaba en la Universidad Agraria, en los ochenta, solía pasar por su casa. Almorzábamos con alegría y en algunas ocasiones jugábamos ajedrez. Al momento de escoger el color de las piezas, Aníbal tratando de parecer serio decía: “recuerda, Boris, que con las negras nunca pierdo y con las blancas soy invencible”. Esa casa fue un lugar de aprendizaje amplio, pues Aníbal, al regreso de sus viajes

al exterior, siempre compartía agudos comentarios, como el que le produjo ver en Europa la película *El hombre de Hierro*, de Andrzej Wajda, sobre la lucha de los obreros de los astilleros de Dansk, en Polonia, contra el estalinismo. Aníbal se entretenía llenando el complejo Geniograma de *El Comercio*, que se publicaba tres veces por semana.

En mis viajes a Lima, durante todos estos años de residencia en México, solía visitar a Aníbal y Carmen. A fines del año pasado los vi por última vez: ambos estaban alegres y sonrientes.

UNAM, México, julio de 2018.

* Investigador de la UNAM, México.

1. Ver la edición completa de *Sociedad y Política* en <http://revistasociedadpolitica.blogspot.mx/?m=1>
2. El MRS tuvo una decisiva participación en el impulso de la experiencia de la Comunidad Autogestionaria de Villa El Salvador (CUAVES). Ver el blog <http://elblogdecuaves.blogspot.mx/>
3. Aníbal Quijano, “Los usos de la democracia burguesa”. *Sociedad y Política*, N° 10. Lima, 1980.
4. Ver los escritos publicados por Quijano en el blog <https://quijanodescolonial.blogspot.com>
5. Ver el blog Solidaridad Económica y Buen Vivir: <https://www.buenvivirdescolonial.com>

Colonialidad, heterogeneidad y el Callejón de Huaylas

Danilo de Assis Climaco*

Cuando Nietzsche escribe que deberíamos dejarnos poseer por las cosas (no por personas), se refiere realmente a las cosas, tan frías y muertas cuanto posible. Él intenta penetrar lo no vivo (...) Retorno a la paz y al silencio de la piedra
 (Rudiger Safranski, *Nietzsche, biografía de una tragedia*).

En agosto de 2008 terminé los cursos de maestría en Brasil y vine a Lima con una pequeña biblioteca, sin más deber que escribir una tesis sobre el abordaje de lo masculino en distintas tradiciones feministas. Poco antes me había encontrado con Rita Segato, a quien comenté que volvía a vivir al Perú. Ella suspiró y me dijo: “allá se encuentra el más grande intelectual de este continente”. Me habló de Aníbal Quijano, a quien yo había leído pero sin dejarme sorprender. Como el pensamiento de Rita me asombraba hacía tiempo, sentí que si Aníbal la había sensibilizado tanto, era porque había algo muy singular que sería bueno descubrir.

Una vez en Lima leí textos de Aníbal junto a otras lecturas directamente relacionadas a mi tesis. Disfruté mucho

leyéndolo. Sentí que aprendía mucho de América Latina y Perú, pero veía su pensamiento muy distante de mi propia investigación. Muy influenciado por Judith Butler, veía con franca desaprobación su búsqueda por comprender lo social como una totalidad.

Cuando debía empezar a escribir la tesis, a inicios del 2009, mi pareja empezó un trabajo de campo en Carhuaz, en pleno Callejón de Huaylas. Así, dimos a parar en una cómoda habitación de hostel con tremenda vista hacia las montañas. Fue allí que mi tesis empezó a dar un giro.

Mi preocupación inicial era casi exclusivamente teórica: buscaba reivindicar la validez de abordajes estructuralistas -entonces excesivamente criticados- para la compren-

sión de lo masculino. Poco a poco y no sin sorpresa, fui percibiendo que, para las autoras y autores estudiados en mi tesis, era muy importante ofrecer una lectura genealógica de lo masculino en sus respectivos países y que, en todos los casos, se detenían considerablemente en el paso del siglo XIX al XX. Era también notable que las autoras/es que trataban sobre poblaciones negras, así como quienes se enfocaban en poblaciones blancas, trataban cuestiones muy parecidas entre sí.¹

Empecemos con las poblaciones blancas porque su caso dio lugar al modelo de nuclearización/patriarcalización familiar que se hizo hegemónico globalmente e interfirió sobre el modelo de masculinidad entre los pueblos afroamericanos. Sedgwick nos ofrece la más enriquecedora caracterización de la conformación de la masculinidad moderna/capitalista entre las poblaciones que se racializaban como blancas. Analizando obras literarias inglesas entre los siglos XV y XIX, muestra cómo la nuclearización/patriarcalización familiar viene acompañada de un debilitamiento de las fuerzas comunitarias, las familias extensas y la riqueza subjetiva, lo cual atañe también a mujeres, pero especialmente a hombres. La imposición de una masculinidad rígida y patriarcal era, consecuentemente, una forma de control social que se ejercía sobre los hombres e indirectamente sobre las mujeres. Otros trabajos, de autores como Scott, Connel y Olavarría, coincidían con Sedgwick, contribuyendo a una comprensión de cómo todo ello era fruto de un rediseño poblacional impulsado por las necesidades de las élites capitalistas.

En el campo afroamericano, Segato, mostró cómo, frente a la nuclearización/patriarcalización de las familias “blancas” brasileñas, las familias afroreligiosas se organizaron



alrededor de redes de parentesco no-consanguíneas, no heteronormativas, maximizando su capacidad de resistencia, cabiendo a las mujeres un lugar político y simbólico superior en las comunidades. Las feministas afroestadunidenses hablaban de una experiencia semejante. Y es que tanto en Brasil como en los EE.UU. los estados-nación buscaron *normativizar* solamente la mano de obra *emblanquecida*, dejando que las *ennegrecidas* o *indigenizadas* se reprodujeran a su manera, carentes de cualquier asistencia, pero también sin amarras que impidieran una autogestión de sus recursos, aun dentro de los severos límites que suponían la extorsión material de la que eran victimadas.

Me encontraba en este momento muy motivado por las lecturas, por la intuición de que estos mundos de los que hablaban las diferentes tradiciones feministas se comunicaban entre sí, cuando reflexionando sobre la experiencia de Chile en la obra de Olavarría, tuve una inesperada comprensión de cuán grande era la obra de Quijano.

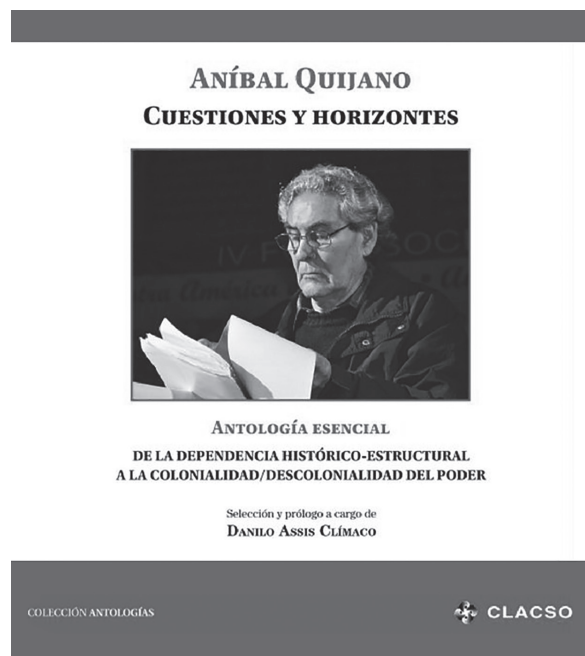
Olavarría hablaba de grandes mesas de concertación en Chile, entre fines del s. XIX y 1973, en las que participaron empresarios, el Estado, la iglesia católica y los sindicatos. Siendo brasileño y habiendo vivido cuatro años en Perú, esto me sorprendió. Era una realidad completamente ajena a la que yo conocía de Nuestra América. ¿Por qué en Chile los sindicatos podían reunirse con los poderosos, mientras en Brasil, tras la esclavitud, los *negros* tuvieron que abandonar las ciudades y haciendas, vagando hacia el centro del país en busca de tierras? ¿Por qué en Perú, como muestra *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, los pueblos *indígenas* tuvieron que desplazarse cada vez más alto en las montañas, ya que sus tierras y ellos mismos eran perseguidos? De repente me di cuenta: porque eran *negros* y eran *indígenas*, mientras en Chile se trataba de *blancos*. ¡Eso es lo que Quijano denominaba *colonialidad de poder*! En sus reflexiones sobre la cuestión del Estado-nación, era esto lo que nos mostraba: que las luchas de los trabajadores en los países centrales había supuesto una mínima, pero real y significativa, igualdad entre ellos y los dueños y representantes del capital. En América, en cambio, ello solo fue posible en aquellos países donde la población indígena y negra quedó muy reducida o –como en Chile–recluida. Solo en esos casos hubo algo llamable *nacionalización* del Estado o *ciudadanización* de las personas, cuya participación en el poder, aun siendo desigual, mostraba cierta capacidad de intervenir en la toma de decisiones sobre la vida común.

A lo que Aníbal había dedicado poca atención fue a que estos trabajadores eran hombres y que compartir poder implicaba, literalmente, tener para sí una mujer. Como decía Sedgwick: tener una mujer en el espacio privado simbolizaba la mínima igualdad entre hombres dispuestos jerárquicamente en el espacio público. Por eso, para Ola-

varría, era relevante recordar que las mesas de concertación en Chile buscaban que los trabajadores tuvieran solvencia como jefes de familia, infundiéndolo a sus mujeres respecto y afecto. Por eso también, Scott mostraba como a finales del s. XIX los sueldos masculinos en Inglaterra pasaron a ser considerados familiares y quintuplicaron a los de las mujeres. E, inversamente, era imposible que los pueblos negros fueran objeto de políticas públicas que garantizaran condiciones semejantes a las de los blancos: la diferenciación racial seguía siendo esencial porque la extorsión material de los pueblos no blancos permitía la relativa abundancia de las gentes blancas y porque la mayor autonomía de las formas familiares y de las mujeres negras eran leídas como un signo de retraso civilizatorio que justificaba la represión genocida que sufrían.

Quedaba claro que las formas específicas de masculinidad descritas en los textos utilizados para mi tesis, derivaban directamente de la *colonialidad del poder*, término que pasó a ser absolutamente central para mi investigación. Pero junto a la *colonialidad*, fue la noción de *heterogeneidad histórico-estructural del poder*, articulada a la de *totalidad social*, la que me cautivó en ese momento. La *colonialidad del poder* era el gran acontecimiento histórico frente al cual me enfrentaba —y nos enfrentamos en toda investigación sobre el mundo contemporáneo— pero la *heterogeneidad histórico-estructural del poder* es la posibilidad que Quijano elaboró para comprender lo específico de cada caso en este gran acontecimiento histórico. Es una muy sutil propuesta para resolver la cuestión de lo particular y lo general. Contrariamente a lo que plantea Butler², es justamente si comprendemos el mundo desde la *totalidad* que podemos comprender lo particular o específico de cada acontecimiento.

Estaba feliz con la suerte que me había tocado. Quijano permitió una unidad interpretativa a mi tesis, lo que ya era tremendo, pero me permitió mucho más. La *heterogeneidad histórico-estructural del poder* es necesariamente dialógica, requiere de otras tradiciones intelectuales, y ello fue lo que permitió que pudiera integrar, sin reducir, todas las contribuciones históricas y analíticas que traían los textos feministas que había venido trabajando. Integrar género, raza y clase dejaba de ser una opción para ser una necesi-



dad inalienable. Una otra forma de concebir mi vida política e intelectual se me dibujaba hacia delante.

Estaba fascinado, caminando por Carhuaz en estado de gracia, con una sensación espiritual de revelación que no he vuelto a sentir después, y que sólo se equipara a mi encuentro también sorprendente con el feminismo. Me acordé entonces de Nietzsche y pensé si Carhuaz no era mi Sils María, las montañas donde el filósofo tuvo la revelación del eterno retorno. Obviamente, Nietzsche conocía formalmente esta idea, pero fue allí, en Sils María, donde el eterno retorno se apoderó de él y le dio un nuevo sentido a su pensar. ¿Me nutría yo de las fuerzas andinas como él de las alpinas?

Supe más tarde que Aníbal había nacido y crecido entre Yanama y Yungay, en aquel callejón de Huaylas, y quedé verdaderamente impresionado. Era imposible no volver a preguntarme si las fuerzas telúricas que habían formado a Aníbal habían tenido algo que ver con mi descubrimiento de su pensamiento. Desde mi fragilidad corpórea, no creo que pueda saberlo jamás. Aníbal quizás ya lo pueda.

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Organizó *Cuestiones y horizontes*, antología de Aníbal Quijano publicada por CLACSO en el 2014.

1. En el primer grupo, Rita Segato en Brasil, bell hooks, Angela Davis y Michele Wallace en EEUU. En el segundo, Eve Sedgwick y Joan Scott en Inglaterra, José Olavarría en Chile y Robert Connel en Australia.
2. Todo análisis que pretenda abarcar todos los vectores del poder corre el riesgo de pecar de cierto imperialismo epistemológico (...) Ningún autor ni ningún texto pueden ofrecer semejante reflejo del mundo y aquellos que pretenden ofrecer semejantes panoramas ya se hacen sospechosos por el mero hecho de tener tal pretensión (Butler, *Cuerpos que importan*, Bs As, Paidós, 2002: 43). La crítica más extensa de Aníbal a esta perspectiva está en "Colonialidad del poder y clasificación social".